

# PAZ Y LIBERTAD, ANHELOS DEL ESPIRITU

POR UN MONTAÑERO DEL C. D. VITORIA

¿Fiesta de significado especial, romería, peregrinación, algo extraordinario que los impulse? No, escojamos simplemente al azar un día de asueto cualquiera. Los más diversos medios de locomoción rebosan cual pámpanos de rica viña, de racimos humanos que desbordando sus posibilidades se lanzan con feliz ansiedad hacia el campo y la montaña.

¿Seríamos tan ilusos como para hablar de una entusiasta afición montañera? De nuevo, no.

Si de alguna forma hemos de denominar a este movimiento migratorio hacia el campo y la montaña, más hacia el primero, cuya virulencia destaca en esta época, podemos hacerlo calificándolo simplemente de fobia turisticocampestre.

Tenemos, no obstante, en esta corriente un vivero de esperanzas para la consecución de aquélla.

Digo esto, no a humo de pajas o en absurda creación de falsas utopías, por el contrario, apoyado en el análisis acaso demasiado severo de las causas que a mi juicio motivan este impulso.

Tiene el cuerpo humano una determinada capacidad fisiológica de resistencia. Las exigencias de la vida moderna, están rebasando rápidamente sus límites.

La materialización, la mecanización de ésta, que pretende ofrecernos una vida *más fácil, más cómoda, más agradable, materialmente, va atrofiando por falta de uso, esa capacidad y esas facultades naturales.* Es esa misma comodidad, la que unas veces por apatía, otras por pereza, las más por inercia de masas, hace que nos abandonemos con laxitud a este amodorramiento de egocentrismo físico-material.

Veo pronta la réplica de la juventud a este argumento, brotar acaso un poco violenta o escéptica.

Practicamos el deporte.

Cierto. Es acaso esta misma deshumanización de la sociedad producto de esa fobia de automatización que cada día nos hundé más en el servilismo a la máquina y por consecuencia en el abandono del espíritu, por lo que encontramos una inquietud cada día mayor en aquellas corporaciones, entidades, grupos o Clubs y en el propio Estado que por su misión rectora, altruista o meramente de-

fensora de los intereses del pueblo, de la sociedad, se afanan por propagar e inculcar en ella el interés por su práctica conscientes de sus beneficios.

En mi condición acaso demasiado puritana o intrasigente a este respecto y aún reconociendo que todos los extremos son malos, calificaré a estos deportes meramente de sedentarios y por tanto incapaces de alcanzar ese propósito tan digno, de lo a.

A anular el éxito de esos afanes contribuye por desgracia y de forma poderosa la posición psicológica de esa juventud con relación al deporte. Para ella en su casi totalidad deporte igual a capital.

Practicamos el deporte, pero esa práctica que ya en principio ha perdido la esencia de su finalidad, el deporte por la salud, es tan exigua que por necesidad volvemos a girar en el círculo vicioso, peligroso.

Dos, tres horas de ejercicio, algo así como el desperezarse de un animal tras de su siesta con dos o tres zapatetas y corcovas, para volver a caer tras de ellas en el tentador y agotador torbellino de bailes epilépticos y sudorosos, de abarrotadas salas de espectáculos y peor aún, de tabernas, bares y cafés de sobrecargada atmósfera e incalculables depósitos de alcohol. Y seguimos embotándonos.

¿Soluciones para ello? No, me parece imposible. Ellas están en cada uno, en la capacidad del reconocimiento de la verdad, somos el género humano demasiado pedante y pagado de sí mismo para aceptar consejos y seguirlos, máxime si ello ha de costarnos esfuerzos y sacrificios

A alguien se le ocurrió decir que éramos seres superiores. Esto fue hace mucho, desde entonces hay quien cree que hemos progresado.

A falta de conocimientos filosóficos, fisiológicos y psicológicos para realizar su detallado estudio, mi teoría a este respecto es sencilla. Es el hombre, el ser más conscientemente inconsciente.

Nada de soluciones, si fuese capaz de ellas me sentiría también superior y ello me da miedo aunque en este caso me agradaría.

Sólo quiero a través de hurgar en teorías y hechos, justificar las causas de ese éxodo hacia el campo. Ellas y ellos creo que nos las han dado ya.

Es, el renacer del primitivo ser del ser natural que late en nosotros, la esencia misma del humano, su espíritu, su inteligencia, su razón, su todo, ese todo que es el que puede hacerlo superior a los de su especie.

Es, el ansia de huir de tanta ficción, de tanto artificio, de tanta lacra y sentirse libre con la libertad de los pájaros, del viento, de las nubes, junto a ellos, para gozar más intensamente de esa libertad que es la suya y que sin darse cuenta siempre ha ansiado.

Es, el aspirar profundamente el aire vivificador que cada inspiración parece concentrar en él, nueva vida, nuevo vigor y nueva alegría. Tenderse con fruición sobre la verde alfombra jugosa y suave, de cara a la inmensa bóveda azul cuya contemplación invita a la meditación, elevando el espíritu a regiones maravillosas para adormecerse hundido en la placidez de la paz y el silencio a la vez profundo y sonoro de la campiña.

Es, alzarse a la altura para sentirse rey, en un reino de flores de trinos, de luz y colores para dar gracias henchido de gozo al Gran Maestro que nos permite gozar del lienzo de muda y policroma belleza que se extiende ante nosotros, es el volver a la vida, a esa vida que late en lo más íntimo de nuestro ser, huérfano de placeres materiales, de comodidades, pero plena de paz, belleza y alegría.

Es, el brusco despertar de una pesadilla aterradora donde todas nuestras facultades de expresión y movimiento se hallaban paralizadas.

Es, en fin, la liberación de un largo encierro del que cada día sentimos su opresión creciente como un dogal que nos asfixia. Para tras de haber vivido de nuevo intensamente, volver en el atardecer bañado de oro de sombras y canciones al hogar, que en esas horas postreras se inunda de felicidad; con el cuerpo tonificado por el aire y el sol y un poquito cansados, cierto es, pero con un cansancio que es otra lección más para enseñarnos el valor de las cosas que tan insignificantes y burdas nos parecieron antes, del más rústico asiento o el más humilde camastro.

El aroma de este agradable recuerdo parecerá flotar sutilmente aún a través de los días en nuestra mente, llenándola de una suave placidez. Todo ello conseguido en un día, lejos del tumulto, de la prisa precipitada de la Ciudad, de la rigidez de una disciplina que nos convierte en autómatas y sobre todo de las masas vociferantes y exaltadas plenas de ridículas y a veces ofensivas pasiones, lejos de atmósferas viciadas de vahos alcohólicos y de ruines placeres.

Estas son las causas y sus resultados, para derivarse de ellos muy lentamente si queremos, sin prisas pero también sin pausas un acercamiento a nuestras actividades y segregación lenta pero firme hacia nuestro deporte, hacia la verdad que en definitiva es lo que importa.

No rechazemos el proselitismo pues, ya que si él no es fuente de esencias puras, sí puede serlo de valores susceptibles de purificarse.

Enseñemos, pues, y guíemos, ya que conocimiento y comprensión engendran amor.